

CAPITULO XLV.

SUMARIO.

Otra objecion fundada en que muchas veces los espíritus aconsejan la perfeccion y obran una especie de conversion en los que siguen sus inspiraciones.—La objecion viene abajo, á pesar de la apariencia de incontestable con que se presenta.—Los buenos consejos que dan algunas veces, son un artificio satánico.—El demonio sirviéndose de la verdad para perder á Eva.—El mejoramiento de los ateos é incrédulos no es más que hipocresia.

Unicamente nos falta contestar al tercero de los argumentos ú objeciones que contra la existencia de los demonios se hace valer; argumento ú objecion que, por ciertas apariencias fascinadoras, no se pierde oportunidad de alegar so-

bre todos. Le dan la preferencia, porque estando al alcance de las inteligencias más vulgares é impresionando de pronto al comun de los hombres, que no penetra en el fondo de las cosas, sino que se entretiene en la peligrosa llanura de su superficie, es más apropósito para producir el efecto que se desea. Podiamos asegurar que el argumento de que tratamos es el que ha tenido mejor éxito entre la gente incauta, la indocta y poco reflexiva. Tambien es aceptado por aquellos descreidos que se encuentran dispuestos á estar y pasar ligeramente por todo lo que contenta su aversion sistemática á doctrina ó dogma alguno de la iglesia romana, y por aquellos de malas costumbres, que bien hallados con sus pasiones, rechazan cuanto puede servirles de freno y admiten gustosos cuanto conspira á mantenerlos en la tranquilidad y paz en que viven, aunque esta paz y aquella tranquilidad sean las de los sepulcros. Pero digamos en qué se funda la objecion.

Se ha observado que los *espíritus*, al comunicarse con los hombres que los evocan, no siempre ni en todo se muestran malos, sino que muchas veces dan consejos, buenos en sí mismos, persuaden máximas que no desdicirían de un moralista ó ascético cristiano, y encaminan á la

práctica de acciones que nadie podía considerar como reprobadas, siendo por sí engendradoras de perfección. Los espíritus se convierten luego en predicadores severos y en directores espirituales, escrupulosos. En suma, son enemigos irreconciliables de Dios, y se muestran celosos partidarios de su causa. En estos hechos, que de paso diremos no son numerosos, y que nunca pasan sin mezclarse con otros que dan á conocer lo verdadera calidad del agente de que proceden, se funda la objeción que hacen los discípulos de Allan Kardec.

“¿Qué importa, exclaman los RR. de la *Ilustración Espírita*, que sea el diablo quien nos diga: sed perfectos como lo es el Padre que está en los cielos, si con el diablo está Jesús? Por otra parte, ¿se concibe al Dios del mal trabajando en favor del Dios del bien? Si tan maligno y astuto es el rey de los infiernos ¿cómo puede contribuir á la salvación de las almas? ¿qué gana el diablo con venir á predicarnos el Evangelio en su mayor pureza? (1)”

“Es, por consiguiente, escribe Allan Kardec, estúpido el papel que se hace representar al demonio, porque es un hecho de toda notoriedad

(1) *Ilustración Espírita* pag 184.

que á consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo *invisible* se ven todos los días incrédulos y ateos, vueltos á Dios, orar con fervor, lo que nunca habían hecho; gentes viciosas trabajar con ardor en su mejoramiento. Pretender que esta es la obra de las astusias del demonio es hacer de él un verdadero *gurrripato*. Como no es una suposición, sino el resultado de la experiencia, y con los hechos no hay negaciones posibles, es necesario concluir ó que el demonio es muy torpe como primer jefe, ó que no es tan astuto ni tan maligno como se pretende... ó bien que todas las *manifestaciones* no son de él (1).”

Ponemos las relaciones del maestro y de los discípulos, sin debilitar la fuerza que entrañen, sin disfrazarlos en uno solo de sus rasgos. No obstante las apariencias en que se fortifican y de que toman ese tinte de falaz hermosura que puede deslumbrar á quien los contempla de paso, se les verá estremecerse como débiles arbutos de la mentira, á un aliento del comfortable céfiro de la verdad: se notará que basta un movimiento ligero de cabeza, para que la color,

(1) Allan Kardec, “Intervención de los demonios en las manifestaciones espíritas. Extracto publicado por la *Ilustración*, pág. 153 y 154.

bajo la cual ocultan horrorosas formas, caiga, no de otra suerte que sucede con el tinte de las mejillas de las muchas falsas bellezas que pululan hoy en las calles, en las plazas y en los teatros. Antes de responder, tomemos en cuenta ciertas expresiones, que desde luego llaman la atencion.

¿Qué importa, se dice, que sea el diablo quien nos diga: "Sed perfectos como el Padre que está en los cielos." Mucho y nada. Mucho, si cuando tal dice el enemigo del linaje humano, es para hacernos tragar el anzuelo, en cuya punta está el veneno que nos mata; mucho, si usa de esas palabras, como de un cebo con que hacer pasar á nuestro apetito, tan inclinado á las golosinas, la hiel que nos amargaré, el gérmen que corromperá el pan con que nos alimentamos, por bien preparado y elaborado que esté. Nada, si tales consejos los encamina á procurar nuestro mejoramiento; nada, si al enseñarnos la hermosa máxima, se propusiera ayudarnos en la espinosa obra de nuestra salvacion. Pero si lo que se propone es hacernos retroceder, si lo que se propone es perdernos, como en efecto sucede, el nada se convierte en mucho, en todo, para decirlo de una vez.

El demonio no varía de opinion ni fácil ni difícilmente. Cuando concibe una cosa, la concibe de la manera que siempre la ha de concebir. El demonio de hoy, oculto bajo el brillante ropaje de la ciencia moderna y en los efluvios *invisibles* del magnetismo animal, es el mismo demonio de hace seis mil años, calándose la máscara del engaño y cubriéndose bajo las formas de la serpiente astuta. El mismo que en el paraíso y á la presencia de la primera pareja, tomó sacrílego en sus labios, para perderla por la soberbia, estas palabras, proféticamente ciertas entonces y hoy históricamente verdaderas: *seréis como dioses, si comiereis del fruto de ese árbol*, puede tomar hoy con el mismo fin esas ú otras que se las parezcan.

El demonio dijo una verdad, pues cierto es que los cristianos, cuando siguen la bandera del crucificado, se deifican, son como dioses. Pero con la verdad perdió á nuestros primeros padres, que no advirtieron ó que no quisieron advertir que se servía de ella para inducirlos á la desobediencia, á la negacion de la obediencia, á la negacion práctica de la misma verdad.

La verdad, pasando por los labios satánicos, sale de ellos impregnada de veneno que mata.

“Todos los días se ven, se asegura con énfasis, incrédulos y ateos, vueltos á Dios, orar con fervor, lo que nunca habian hecho; gentes viciosas trabajar con ardor en su mejoramiento.” En verdad á los incrédulos y á los ateos y á la gente viciosa se dirigen siempre los *susodichos* *espíritus*, de preferencia. La razon es natural y por demás sencilla; el terreno le está ya preparado; no hace otra cosa, al comunicarse con ellos, que voluntariamente se le ofrecen.

No se conduce de la misma suerte con los creyentes y con los buenos, á quienes tienta de otro modo, y con los que no tiene el suficiente valor para comunicárseles, hablándoles así en idéntico tono. Su táctica en este caso es diversa. Y ¡cosa singular! se han visto innumerables ateos é incrédulos y gente viciosa declararse por el espiritismo; pero no verdaderos creyentes y virtuosos. ¿No era más natural que esos *espíritus buenos* simpatizasen más con los hombres buenos que con los malvados, con los que confiesan, que con los que niegan á Dios; con los que creen, que con los que no creen? ¿Por qué, pues su recluta la hacen entre los criminales únicamente? ¿Y por qué si la pretenden hacer entre la gente honrada, no lo consiguen, aunque pongan en juego sus esfuerzos?

La respuesta se viene á los labios de cualquiera. El demonio se dirige á los ateos y á los incrédulos y á la gente viciosa; en primer lugar, porque Dios lo permite, castigando así la soberbia de su inteligencia y la rebelion de su voluntad, tolerando que crean y practiquen, para su perdicion, aquello que rehusaban creer y practicar para su salvacion; en segundo lugar, porque el demonio no se contenta con tentar á los que le sirven, sino que desea y procura que caigan; no se contenta con que caigan, sino que va más allá, y quiere que no se levanten; no se contenta con que se obstinen en su caida, sino que quiere que le rindan pleito homenaje como á señor; no se contenta con esto, que es ya mucho, sino que quiere que le adoren. Por esto dicta su evangelio, tiene sus oráculos, hace sus prodigios y establece las reglas de su culto. *Mona de Dios*, como le llamaba San Agustin, le pretende imitar en todo; y si el cristianismo engendra hombres buenos y perfectos por la humildad, el satanismo ó espiritismo forma hipócritas que parecen buenos y perfectos, pero que solo parecen. No debe asombrar, pues, ese mejoramiento de los ateos, incrédulos y gente viciosa que se afilian en los batallones de la nigromancia moderna.